

Layla Martínez

# UTOPIÍA NO ES UNA ISLA

CATÁLOGO DE MUNDOS MEJORES



EPISKAIA

Colección Centella

*Utopía no es una isla. Catálogo de mundos mejores*

Primera edición: noviembre de 2020

Diseño de colección: Juan García

Cubierta: Araceli Segura

Maquetación: Sergi Puyol

© Layla Martínez, 2020

Este libro está editado bajo licencia Creative

Commons 4.0 CC-BY-SA-NC



Episkaia

Plaza Luca de Tena, 5, 3ºB

28045 Madrid

episkaia.org

episkaia@gmail.com

ISBN: 978-84-949223-6-7

Depósito legal: M-28339-2020

Impresión: Estugraf

Impreso en España / Printed in Spain

Este libro está impreso sobre papel Lenza Top

Recycling, 100% reciclado, libre de cloro

y con certificación FSC y Ecolabel.

*It's not a matter of fate  
It's just a question of time*

*The underside of Power, Algiers*

*Come on and dream, baby, dream  
We gotta keep the light burning  
We gotta keep the fire burning*

*Dream, Baby, Dream, Bruce Springsteen*

*El martirio es una trampa para  
los oprimidos. Solo es deseable la victoria.  
Yo la contaré.*

*La guerra de los pobres, Éric Vuillard*



## INTRODUCCIÓN

Desde que empecé a investigar el impacto cultural de las distopías me han invitado a unas cuantas mesas redondas, talleres y conferencias. Siempre que puedo, aprovecho para preguntarles a los asistentes cómo imaginan el mundo en un futuro cercano, en unos cincuenta años. Las respuestas suelen ser muy parecidas. Todos ellos imaginan un agravamiento de la crisis ecológica, con temperaturas más elevadas, sequías y grandes zonas desertificadas. En el plano político, me hablan de democracias deterioradas, con menos libertades y derechos, muchas veces de regímenes autoritarios o fascistas. En el económico, de un capitalismo salvaje en el que los trabajadores han perdido todos sus derechos y las grandes multinacionales controlan las decisiones económicas. Imaginan un mayor grado de desarrollo tecnológico, pero cuyos efectos son el aumento del control social y del aislamiento individual. El

mundo que me describen se parece bastante al de la película *Hijos de los hombres*, de Alfonso Cuarón. Una sociedad que formalmente sigue siendo una democracia pero que se ha deslizado hacia el autoritarismo, donde el estado del bienestar no existe y las cafeterías Starbucks se mezclan en la calle con jaulas llenas de detenidos.

Ninguno de los asistentes a estas charlas y talleres me ha dicho que imagina el fin del patriarcado o del capitalismo. Que en cincuenta años los medios de producción serán colectivos y se habrán abolido la explotación y la alienación. Que habremos expropiado a los ricos y nacionalizado las grandes empresas. Que habremos revertido la crisis ecológica y renaturalizado grandes zonas del planeta. Nadie imagina al nieto de Jeff Bezos yendo a trabajar a una cooperativa en autobús o la mansión de Ana Botín convertida en una biblioteca. Ni siquiera he encontrado a nadie todavía que me hable de algo más modesto, como un estado del bienestar más desarrollado o una jornada de treinta horas semanales.

La forma en que imaginamos el futuro está fuertemente condicionada por los productos culturales que consumimos. En las últimas décadas, prácticamente todas las novelas, videojuegos, cómics, series y películas ambientadas en el futuro reproducen una misma forma de verlo, que se ha

convertido en hegemónica. La oleada distópica lo ha inundado todo, sin apenas excepciones. Resulta casi imposible encontrar una novela o una serie que imagine un futuro utópico o simplemente mejor que el presente.

Las distopías reflejan nuestras ansiedades colectivas en el marco cultural de la posmodernidad. A diferencia de lo que sucedía en la modernidad, ya no creemos que el futuro esté ligado al progreso y vaya a ser necesariamente mejor. Se ha convertido en algo que nos produce miedo y ansiedad, así que creamos productos culturales que tratan de alertar sobre los riesgos de ir a peor, sobre los peligros que nos esperan a la vuelta de la esquina. Es lógico, pero el efecto combinado ha sido devastador. Los productos culturales reflejan la realidad, pero al hacerlo, también la crean. Imaginar futuros peores nos ha quitado la capacidad de pensar en un porvenir mejor. Cuando leemos una novela utópica de otra época, nos parece ingenua e infantil y los pocos autores que se han atrevido a imaginar futuros diferentes a lo que dictaba la visión hegemónica, como Ursula K. Le Guin o Kim Stanley Robinson, han tenido que introducir elementos que rebajasen el contenido utópico para ganar verosimilitud.

Esto ha resultado enormemente funcional para el neoliberalismo capitalista, que ha utilizado la producción cultural de distopías a su favor, para

mantener el orden actual y evitar los cambios. Si solo imaginamos un futuro peor, el presente nos parecerá admisible y no lucharemos para cambiar las cosas. La ansiedad colectiva se ha convertido en parálisis, en inmovilismo. No solo son las utopías literarias o cinematográficas las que nos parecen inverosímiles, también las políticas. Parece difícil creer en la revolución, pero también incluso en cambios mucho más pequeños.

Sin embargo, algo parece estar cambiando. En los últimos años, hemos visto la aparición de un discurso mucho más radical en la izquierda, que empieza a ser capaz de imaginar un horizonte utópico. No solo leemos artículos que hasta hace poco parecían increíbles sobre la posibilidad de nacionalizar grandes empresas o redistribuir la riqueza, sino que en las redes sociales también es muy frecuente hablar de expropiar a los ricos. Es cierto que esto último no deja de ser una broma, pero por algo se empieza. Si socializamos las mansiones de Amancio Ortega solo por echarnos unas risas, me vale igual. Una buena parte de esta sensación de cambio llega además de Estados Unidos, que en las últimas décadas ha sido el principal productor de narrativa distópica. Una encuesta hecha por la empresa de análisis Gallup en 2019 arrojaba cifras sorprendentes: el 43 % del total de estadounidenses y el 58 % de los estadounidenses entre 18 y 34



años creía que el socialismo sería algo bueno para el país. «¡Estados Unidos nunca será un país socialista!», gritaba Trump en el discurso sobre el estado de la unión ese mismo año, pero su grito de pronto parecía teñido de cierta ansiedad.

Este libro recoge algunas de las utopías que han marcado la historia política de los últimos siglos y analiza las posibilidades de reconstruir el horizonte utópico en el presente. Se han quedado fuera muchos episodios que merecen ser contados, pero quizá eso es un punto a favor de la argumentación que defiende este ensayo: la historia está llena de victorias, de brechas, de momentos de ruptura en que todo ha saltado por los aires y se ha abierto la posibilidad de construir algo distinto. Por su parte, los episodios que aparecen merecen un análisis de mucha más profundidad, hay cientos de matices y aristas que se han quedado fuera por las propias dimensiones del ensayo. Algunas de esas aristas, además, no son deseables, y deberían tenerse en cuenta en el futuro. El propio concepto de utopía es problemático: en la tradición de la izquierda, al menos desde Marx y Engels, ha estado también vinculado a sueños imposibles que lastraban la lucha en lugar de promoverla. Su definición merecería una discusión colectiva profunda, pero en este ensayo he optado por entender la utopía como un horizonte de sociedad mejor hacia el que caminar.

La definición de lo que se considera una sociedad mejor también es discutible, de hecho puede que esa sea la discusión política más importante de todas, pero he optado por entender que una sociedad mejor que la actual es aquella que garantiza los derechos humanos para todos y que tiene cotas de igualdad, justicia social y libertad más amplias que las actuales. Por supuesto, estos conceptos también pueden entenderse de diferentes formas y así lo harán las utopías que aparecen en este libro, pero eso deja fuera ideas de una sociedad mejor basadas en el exterminio o el sometimiento, como la del Tercer Reich nazi o el califato del Daesh. Para mí, eso también deja fuera del análisis el ideal de sociedad que defiende el capitalismo, que creo que ya ha demostrado su fracaso histórico para asegurar una vida mejor, incluso para asegurar simplemente la vida, como demuestra la crisis ecológica a la que nos ha conducido.

En esta discusión sobre lo que sería una sociedad mejor para todos, creo, además, que debería ser especialmente escuchada la voz de las mujeres y de las personas racializadas y LGTB. Aunque he intentado incluir diferentes perspectivas, no lo he logrado todo lo que me gustaría. Unos y otros han contribuido a construir las utopías día a día, pero sus opiniones y argumentos teóricos raramente han sido incluidos en los libros de historia. Por

suerte, eso parece estar cambiando y en la última parte del libro, que incluye los proyectos de cambio social más reciente y el análisis de la situación actual, su presencia es mucho mayor. No obstante, a pesar de sus carencias, espero que el libro sirva para aportar una pequeña contribución a que esas bromas sobre socializar la piscina de Ana Botín dejen de serlo.

# Índice

INTRODUCCIÓN	9
I. EL HILO ROJO DE LA UTOPIA	
1. Tomás Moro escucha un susurro en el puerto de Amberes	19
Todos pueden ser hombres porque nadie puede ser un monstruo	22
Navegar a Utopía	31
2. Hombres libres cubiertos de alquitrán. Utopías piratas frente al poder del imperio	35
El sueño de Libertalia	37
El puño de los imperios	42

3. Sacudirlo todo. La aparición del socialismo	47
La fraternidad de todos los seres humanos. Las comunas victorianas	51
Mover los engranajes de la historia. El socialismo científico	56
La literatura utópica del XIX	63
4. Romper el tiempo en dos. Sueños utópicos en la Unión Soviética	67
Planear la demolición. El pensamiento de Lenin	69
Robots proletarios. El control obrero de la producción	73
Asaltar el cosmos. La carrera espacial soviética	76
Ciencia ficción socialista	80
5. Convertir la tormenta en huracán. Lucha antirracista, maoísmo y reafricanización	85
El poder que nace de los fusiles. La influencia del maoísmo	91
Volver a África	94

6. Este fino borde de alambre de púas.	
El movimiento chicano	99
<i>El Plan Espiritual de Aztlán</i>	103
La herida y la utopía	105
7. La larga noche ha terminado.	
Descolonización y panafricanismo	109
La independencia de Ghana	114

## II. DESENREDAR LA TRAMA

8. Algunos elementos para una radiografía	121
Esta es toda la realidad disponible.	
El realismo capitalista y la cancelación del futuro	124
Esto ya lo hemos visto antes. Nostalgia y pastiche	128
La oleada distópica	132
Capitaloceno. Crisis ecológica y superpoblación	135
9. Lo que permanece	143
La revolución de Rojava y el confederalismo democrático	150

Socialismo desde abajo. El proyecto del Estado comunal	157
Todo esto nos pertenece. Ecosocialismo y ecologismo anticapitalista	162
Los guardianes del agua contra la serpiente negra	166
Primero tomaremos las obras	170
Mañana todo esto será campo	176
Marchar a la guerra	178
Una vida sencilla y una lucha incansable. El Nuevo Ejército del Pueblo	179
El corredor rojo que atraviesa la India. Los naxalitas	184
CONCLUSIONES	193
BIBLIOGRAFÍA	201





LAYLA MARTÍNEZ (Madrid, 1987) es autora del ensayo *Gestación subrogada* (Pepitas de calabaza, 2019) y de relatos y artículos que se han publicado en diversas antologías, como *Estío. Once relatos de ficción climática* (Episkaia, 2018). Ha traducido ensayo y novela para diferentes sellos editoriales y escribe sobre música en *El Salto* y sobre series y televisión en *La Última Hora*. Desde 2014 codirige la editorial independiente Antipersona.

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2020, más de tres siglos después de que los piratas Misson y Caracciolo fundaran Libertalia en la isla de Madagascar. O no.



